

Grandes retos de las ciencias sociales contemporáneas

Major Challenges of the Contemporary Social Sciences

*Os principais desafios das ciências sociais
contemporâneas*

Alberto Valencia Gutiérrez*

Universidad del Valle, Colombia

Resumen

Este trabajo trata de mostrar que las ciencias sociales hoy en día responden a nuevos parámetros de reflexión impuestos por las grandes transformaciones que el mundo ha conocido durante las últimas décadas. Las nuevas coordenadas tienen que ver con la ruptura de los marcos nacionales estrechos en que estas disciplinas se desarrollaron durante décadas, así como con la exigencia ineludible de establecer relaciones entre diversas disciplinas (transdisciplinariedad) y la importancia de superar la polarización en términos de posiciones éticas y políticas. Todas estas características se ilustran al final con el ejemplo del marxismo analítico, una corriente que se ha desarrollado en el mundo anglosajón en las últimas décadas.

Palabras clave: ciencias sociales, marxismo analítico, nuevos retos, reflexión, transdisciplinariedad.

Artículo de reflexión

Recibido: 19 de noviembre del 2013.

Aprobado: 12 de marzo del 2014.

* Economista de la Universidad del Valle. Doctor en Sociología, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Profesor titular Universidad del Valle, Cali Colombia.
Correo electrónico: alberto.valencia@correounivalle.edu.co.

Abstract

The article shows that the social sciences currently respond to new parameters for reflection imposed by the great transformations the world has undergone during the last few decades. These new parameters have to do with the breakdown of the narrow national frameworks within which these disciplines developed for decades, the inevitable demand to establish relations among diverse disciplines, and the importance of overcoming the polarization of ethical and political standpoints. These characteristics are illustrated with the example of analytical Marxism, an approach that developed in the English-speaking world in the last decades.

Keywords: social sciences, analytical Marxism, new challenges, reflection, transdisciplinarity.

Resumo

Este trabalho pretende mostrar que as ciências sociais atualmente respondem a novos parâmetros de reflexão impostos pelas grandes transformações que o mundo tem conhecido durante as últimas décadas. As novas coordenadas se referem à ruptura dos marcos nacionais estreitos em que essas disciplinas se desenvolvem durante décadas, assim como com a exigência inevitável de estabelecer relações entre diversas disciplinas (transdisciplinariedade) e a importância de superar a polarização em termos de posições éticas e políticas. Todas essas características se ilustram ao final com o exemplo do marxismo analítico, uma corrente que tem sido desenvolvida no mundo anglo-saxão nas últimas décadas.

Palavras-chave: ciências sociais, marxismo analítico, novos desafios, reflexão, transdisciplinariedade.

Los nuevos parámetros

Las grandes transformaciones de las últimas décadas (la crisis de los totalitarismos, el derrumbe de los socialismos, los procesos de globalización, la caída de las dictaduras en América Latina) han propiciado un encuentro de culturas políticas diversas y, en consonancia con las nuevas situaciones, un cambio en las orientaciones básicas de las ciencias sociales y de sus categorías analíticas.

A pesar de los complejos procesos históricos en los que se inscribe el desarrollo de las concepciones políticas y sus múltiples significados en las sociedades contemporáneas, ha ido ganando terreno la idea de que, gracias a la implantación de la democracia, ya no es posible mantener una oposición entre culturas democráticas, por un lado, y culturas liberales y socialistas, por otro. Desde hace un buen tiempo es difícil concebir la existencia de un Estado democrático que no asuma la propuesta, propia de la tradición liberal, de limitación del ejercicio del poder, en el marco del llamado Estado de derecho¹. En las últimas décadas, igualmente, los valores propios de la tradición socialista, que ponen su acento en la igualdad sustantiva de los ciudadanos y no simplemente en la igualdad formal ante la ley, han logrado integrarse a la democracia liberal. Todo ello con base en la concepción generalizada de que las grandes transformaciones solo se pueden lograr en el marco que la democracia ofrece, y no en la negación de sus principios básicos, como ocurrió en los totalitarismos o en los socialismos totalitarios del siglo xx. La confluencia de culturas políticas diversas invita ahora a la elaboración de nuevas síntesis entre ellas.

Las ciencias sociales contemporáneas también se inscriben ahora en nuevos parámetros. En las condiciones creadas por el proceso de globalización, este tipo de disciplinas se constituyen ahora con referencia a escenarios universales que van más allá de las coordenadas nacionales en las que durante muchísimo tiempo estuvieron inscritas, otorgan una inmensa importancia a la inter o transdisciplinariedad, están marcadas por un afán sincrético de encontrar formas de combinación entre posiciones extremas y por llevar a cabo una reconfiguración de los presupuestos éticos y políticos en los que se habían constituido inicialmente. Este último aspecto va de la mano con el hecho de que hoy en día tiende a restablecerse la legitimidad y la autonomía de la reflexión ética, que en épocas anteriores se había disuelto en un cientifismo de carácter positivista. En las líneas siguientes vamos a tratar de desarrollar cada uno de estos cinco aspectos, a la luz de los cuales es posible juzgar el carácter más o menos contemporáneo de las diversas perspectivas sociológicas.

Los marcos globales

Las ciencias sociales se desarrollan en sus inicios en marcos estrictamente nacionales y se ponen al servicio, con mucha frecuencia, de la

1. Existen partidarios de la democracia que no son necesariamente liberales; les interesa la distribución del poder entre un mayor número pero no la limitación de su ejercicio. Véase Bobbio (1993, p. 58).

afirmación de los valores propios de su lugar de origen (Lepenies, 1994). Hacer sociología se convierte en una forma de construir nación y, desde este punto de vista, muchas de las querellas tienen que ver precisamente con la manera como se afirman por su mediación valores nacionales². Esta situación se presenta inicialmente en la diversidad de las concepciones epistemológicas: la tradición francesa está inspirada en una visión positivista acorde con los parámetros establecidos por la filosofía ilustrada, tal como estos se expresan en la obra fundadora de Auguste Comte; la tradición alemana está marcada por una orientación historicista, proveniente de la importancia que en ese ámbito tiene el romanticismo a comienzos del siglo XIX; la tradición inglesa establece nexos muy estrechos con el individualismo y el liberalismo, que tienen su origen precisamente en este país y se expresa en la obra de Herbert Spencer; y la tradición norteamericana se inscribe en una perspectiva de carácter pragmático, con base en la importancia que tiene en ese marco este tipo de filosofía, creación propia de esta cultura.

Algo similar ocurre con las metodologías. Durante muchísimo tiempo el *survey* fue un signo distintivo de la sociología norteamericana, pero hoy en día es un patrimonio universal de las ciencias sociales. Las propias disciplinas, con sus diferentes orientaciones metodológicas, tienden a convertirse en patrimonios de determinados países. Inglaterra es la patria de la economía y de la antropología, pero no de la sociología que tiene que esperar hasta los años 1960 para poder desarrollarse en ese país. La psicología social es, en un principio, francesa, pero luego se convierte en patrimonio de las ciencias sociales de los Estados Unidos. La historia, en sus comienzos, aparece en la cultura germana. El marxismo, aunque de origen alemán, constituye una excepción relativa, ya que si bien se inspira en la economía política inglesa y en el socialismo francés, su difusión en Francia o en Inglaterra es precaria en una primera etapa.

Existen igualmente muchas formas de incomunicación entre los diversos países. Se puede suponer que la obra de Durkheim no tuvo mayor incidencia en la sociología alemana y, a la inversa, que esta última

-
2. La ciudad de Estrasburgo, en la región de Alsace-Lorraine, en el oriente de Francia, estuvo sometida a la dominación alemana entre 1870 y 1914, y fue recuperada posteriormente por Francia en la Primera Guerra Mundial. La fundación de la Université de Strasbourg en 1919 se hizo con el fin de que se favoreciera la influencia cultural de Francia en esa región y, por esa misma vía, en el resto de Europa. Y para ese efecto había que convencer a universitarios promisorios de establecerse en esa ciudad para contribuir a la difusión de la sociología francesa. Para este efecto fue llamado Maurice Halbwachs, quien permaneció allí varios años y le puso su sello a la orientación de la investigación en ciencias sociales. Bajo su influencia aparece la llamada Escuela de los anales de Marc Bloch y Lucien Febvre. Todo ello en el marco de la afirmación de la nacionalidad francesa. No obstante, la afirmación de la sociología francesa también se convierte en el punto de partida para la asimilación en Francia de la sociología alemana, en particular de la obra de Weber y algunas ideas del marxismo (Craig, 1979, pp. 273-292).

influye tardíamente en Francia. En la revista *L'année sociologique* del grupo durkheimiano, que se dedicaba a difundir resultados importantes de investigación sociológica, no aparece la reseña de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Max Weber, esto a partir de un desconocimiento que es difícil de explicar. La obra de Weber fue prácticamente ignorada en Francia hasta 1925, cuando “Maurice Halbwachs rompe el silencio”³, y solo comenzó a ser leída realmente en 1935⁴. La primera obra de Weber traducida al francés fue *El científico y el político* en 1959, pero la verdadera influencia de este autor solo comienza a hacerse efectiva en las obras sociológicas de Raymond Aron de los años sesenta⁵.

Una parábola, publicada el 1 de septiembre de 1929 en un célebre semanario francés de la época de orientación católica llamado *Le Pelerin*, sirve para mostrar las diferentes orientaciones de las ciencias sociales en tres países europeos:

A un francés, a un inglés y a un alemán les encargaron un estudio sobre los camellos. El francés se fue para el *Jardin des Plantes*, donde pasó media hora, interrogó al guardia, le arrojó pan al camello, lo importunó con la punta de su paraguas y, una vez en su casa, escribió para su periódico una crónica llena de observaciones sugestivas y espirituales. El inglés, provisto de su equipo de te y de un comfortable material para acampar, instaló su tienda en los países de Oriente y, después de una estadía de dos o tres años, elaboró un informe consistente en un gran volumen repleto de hechos sin orden ni conclusión, pero de un verdadero valor documental. El alemán, por su parte, con gran desprecio por la frivolidad del francés y la ausencia de ideas generales del inglés, se encerró en su cuarto y redactó una obra en varios volúmenes titulada: *Idea del camello derivada de la concepción del yo*.⁶

3. “La obra de Max Weber en efecto fue prácticamente ignorada en Francia hasta 1925 y cuando, en esta fecha, M. Halbwachs rompió el silencio, solo lo hizo para publicar, en una *Revue d'histoire et de philosophie religieuses*, un artículo sobre los orígenes puritanos del capitalismo moderno. Ni Durkheim ni la Escuela francesa de sociología, ni los redactores de la *Revue de Métaphisique et de Moral* habían prestado una verdadera atención a una obra por lo demás muy conocida en Alemania y en los medios anglófonos” (Hirschhorn 1988, p. 35). En esta obra de Monique Hirschhorn se encuentra una discusión minuciosa sobre la recepción de Weber en Francia y los nexos entre ambas sociologías.
4. Véase Aron (1981). La primera edición de este libro se hizo en 1935 e incluía un largo capítulo sobre la obra de Max Weber.
5. *El científico y el político*, fue traducido por Julien Freud y aparece con prefacio de Raymond Aron. Las obras de Aron de los años sesenta corresponden a cursos dados en la Sorbona: *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial, La lucha de clases, Democracia y totalitarismo, Las etapas del pensamiento sociológico* (Hirschhorn, 1988, p. 112)
6. Esta parábola que sirve de epígrafe al libro de L. Ferry y A. Renaut (1985).

Estaríamos, pues, ante una cultura eminentemente empírica (Inglaterra), una cultura literaria y especulativa (Francia), y una cultura de orientación más teórica y filosófica (Alemania).

La “parábola de los camellos” se cumple de manera casi literal en los estudios que se hicieron a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX sobre el totemismo. Los ingleses escribieron grandes volúmenes sobre el tema repletos de observaciones empíricas (Spencer, Guillen, Frazer⁷), Durkheim hizo una “brillante interpretación” del fenómeno de la adoración del tótem como una hipóstasis del culto a la sociedad (*Las formas elementales de la vida religiosa*), y Freud trató de demostrar que no había mucha claridad al respecto, ya que nadie se había percatado de que lo que se observaba en las prácticas totémicas se podía encontrar también en el inconsciente del ser humano moderno (*Tótem y tabú*). Sin embargo, la alegoría ya no es aplicable tal cual a la cultura de estos tres países.

Las “especializaciones relativas” entre “teóricos”, “intérpretes” y “empíricos” tienden a disolverse hoy en día. Verbigracia, Anthony Giddens, uno de los principales teóricos contemporáneos de la sociología, proviene del mundo anglosajón. Las orientaciones empíricas están presentes en todas partes. En Alemania, por ejemplo, se desarrolla con gran fuerza una escuela de sociología empírica, bajo la idea de que “la sociología en general solo es posible como sociología empírica”, es decir, como investigación social (König, 1973, p. 26)⁸.

La situación en Francia también ha cambiado significativamente. Los grandes clásicos franceses de las ciencias sociales y la etnología no se caracterizaron propiamente por haber desarrollado un trabajo empírico que los llevara a la construcción de sus propios datos. Augusto Comte, el llamado “padre de la sociología”, solo merece ese calificativo por haber inventado el nombre de la disciplina combinando raíces griegas y latinas, y por haber hecho una especie de “diseño epistemológico” de lo que más adelante se convirtió en la “Escuela francesa de sociología”, pero no por su trabajo sociológico, porque su orientación fue más la de un ideólogo y un historiador de las ciencias que la de un sociólogo propiamente dicho. Emile Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa* no se basa en datos propios, sino que los toma prestados de los antropólogos ingleses. Marcel Mauss, autor de un texto clásico de etnología llamado *Ensayo sobre el don* y de una *Introducción a la etnografía*, donde da instrucciones

7. James George Frazer escribió 17 volúmenes, entre 1890 y 1935, que componen el libro *The Golden Bough. A Study in Comparative Religion*. Sin embargo, en 1922 tuvo la buena idea de escribir una versión abreviada, que es la que conocemos en español: *La rama dorada. Magia y religión*. La primera edición en español de la versión inglesa abreviada es de 1944.

8. Aparece en este libro una excelente presentación de lo que se hace como sociología empírica en ciudades alemanas como Colonia, Marburgo, Manheim, Hamburgo, Francfort, entre otras.

muy precisas sobre cómo “hacer etnografía”, a lo largo de su vida solo salió de París dos semanas en viaje de turismo a Marruecos⁹. Claude Levi-Strauss comienza a romper con la tendencia y durante su permanencia en Brasil hace trabajo empírico entre los indígenas Caduveo, Bororo y Nambikwara, entre otros (Levi-Strauss, 1955). Sin embargo, una vez instalado en Nueva York en 1939, huyendo de la guerra, llega a la conclusión de que existían demasiados materiales empíricos acumulados y que lo que se requería era alguien que los organizara y los interpretara. Y así nace el libro *Las estructuras elementales del parentesco*, que hace eco por su nombre y por su orientación al libro de Durkheim citado anteriormente (Bertholet y Levi-Strauss, 2005, pp. 135-183). La globalización de las ciencias sociales ha roto en Francia hoy en día la división del trabajo entre recolector de información e intérprete, y cualquier estudiante que haga una tesis de doctorado en París sabe muy bien que las exigencias empíricas de construcción de nuevos datos son ahora una norma implícita para la realización de cualquier trabajo en ciencias sociales.

En síntesis, en las ciencias sociales contemporáneas los escenarios nacionales tienden a subordinarse a las condiciones de un espacio globalizado, a una nueva realidad común a todos. Los investigadores se desplazan por todos los países. Las grandes urbes como Nueva York, Londres, París, México se han convertido en centros cosmopolitas de todas las perspectivas posibles en ciencias sociales a las que los estudiantes tienen acceso. La sociología norteamericana despierta un gran interés en Europa desde finales de los años cincuenta y muchos sociólogos hacen viajes de estudio a esta parte del mundo¹⁰. Orientaciones intelectuales nacidas en América o en el mundo anglosajón obtienen carta de ciudadanía en el viejo continente, como es el caso de la sociología de la acción racional en la obra de los partidarios del “individualismo metodológico”. Los libros producidos en Estados Unidos se difunden y son recibidos con gran interés en los países europeos y viceversa¹¹. Los estudios doctorales tienden a homogeneizar sus criterios y a adaptarse a estándares internacionales. América Latina es hoy en día un continente que ha incrementado notablemente sus intercambios académicos con el resto del mundo. Ahora difícilmente podemos hablar de una ciencia social circunscrita a un ámbito nacional específico, sino más bien de unas disciplinas que se desarrollan bajo el impulso de criterios y de debates transnacionales.

-
9. Notas de clase tomadas por el autor en el curso de sociología sobre la organización histórica de la sociología en Francia, del profesor Víctor Karady, en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París 1984-1985.
 10. En Francia son famosos los viajes a los Estados Unidos de sociólogos como A. Touraine (1977, pp. 64-67), E. Morin (1970), M. Foucault (Eribon, 1989, pp. 383-393), entre muchos otros.
 11. Pierre Bourdieu introduce en Francia la obra de Goffman, en su colección de las Éditions de Minuit.

La inter o transdisciplinariedad

El contacto entre las diversas disciplinas de las ciencias sociales se ha ido incrementando progresivamente con el paso de los años hasta tal punto que hoy en día se hace difícil definir claramente los contornos entre ellas. En la época clásica (1880-1920), cuando las disciplinas se estaban formando, los intercambios eran menores y, por consiguiente, mayor el desconocimiento que existía con respecto a lo que se hacía en otros ámbitos del saber.

Algunos ejemplos nos permiten ilustrar este planteamiento. Emile Durkheim se empeñaba en diferenciar la sociología de la psicología, la economía y la historia. Ernest Jones, el célebre biógrafo de Freud, decía que si Durkheim hubiera conocido su obra, difícilmente hubiera escrito *Las reglas del método sociológico* de la manera como lo hizo¹². Los grandes clásicos solo conocían del marxismo sus versiones vulgares y esquemáticas, y por consiguiente sus críticas se enfocaban más en esta dirección que hacia la revisión de sus presupuestos con base en una lectura directa de Marx. Freud, que era un hombre de una gran cultura, desarrolló los fundamentos del psicoanálisis sin tener mayor conocimiento de lo que eran las disciplinas que en su momento se estaban desarrollando, como la lingüística, la sociología o el marxismo¹³.

Se pueden encontrar obviamente ejemplos que contradicen la idea del aislamiento como práctica inicial del desarrollo de las ciencias sociales: los primeros lingüistas inspirados en la obra de Saussure se consideraban a sí mismos durkheimianos, así el propio Durkheim y sus discípulos no lo supieran; la sociología francesa termina convertida en etnología en la obra de Durkheim y de sus continuadores; el marxismo combina la filosofía con la economía política y la historia. Sin embargo, es un hecho que las formas de intercambio y complementariedad entre las diversas disciplinas eran significativamente menores que las que existen hoy en día.

12. La razón consiste en que para Durkheim el actor social es prácticamente un efecto de las condiciones en que vive, mientras que para Freud el actor social tiene un papel positivo en la construcción de su propia realidad.

13. Los conocimientos de Freud en lingüística, por ejemplo, eran prácticamente nulos. En un artículo llamado “Lo Sinistro” lleva a cabo un análisis de la expresión alemana *Unheimlich*, análisis que es más propio de la filología o la etimología que del análisis lingüístico propiamente moderno. Este mismo desconocimiento aparece en un artículo llamado “El doble sentido antitético de las palabras primitivas”. La idea es que el sentido de las palabras se encuentra en su origen y no en lo que significan aquí y ahora en una perspectiva sincrónica, como lo plantea la lingüística contemporánea. Similar perspectiva se encuentra en *La interpretación de los sueños*. Este desconocimiento no es óbice para que el propio Freud, con la descripción de los mecanismos de los sueños, esté describiendo al mismo tiempo los mecanismos básicos del lenguaje (sintagma y paradigma) y los principales tropos de la poesía (metonimia y metáfora), como lo han señalado Roman Jakobson y Jacques Lacan. La crítica que hace Freud al marxismo en *El malestar en la cultura* también delata la ausencia de una lectura directa de la obra de Marx.

Y es así como, a partir de los años treinta, la interdisciplinariedad se convierte en una exigencia ineludible. Marcel Mauss lanza la idea del “hecho social total”, que trata de integrar fenómenos de carácter sociológico, geográfico, lingüístico y antropológico (Mauss, 1983). Los fundadores de la escuela de Francfort, en su afán por interpretar el fenómeno del nazismo, construyen puentes entre el marxismo, el psicoanálisis y la psicología social (Jay, 1989). Claude Levi-Strauss en 1948 establece vínculos entre la antropología y la lingüística, y más en particular con la naciente fonología de Jakobson y Trubetzkoy (Levi-Strauss, 1974, pp. 37-62). La llamada Escuela de los anales, que irrumpe en la misma época, busca la integración de la economía, la geografía y la sociología como herramientas del “oficio del historiador”, con base en la idea de la “historia problema” (Burke, 1993). Y en esta dirección, mientras más nos vamos acercando a la época contemporánea, más podemos observar que establecer relaciones entre diversas disciplinas se va convirtiendo en la regla fundamental.

Hoy en día es inconcebible e inadmisibles que un investigador en ciencias sociales desconozca en su trabajo los resultados que se producen en otros ámbitos, e incluso los objetos de investigación tienden a constituirse de manera transversal entre orientaciones diversas. La realidad tiende a ser considerada como una sola y las diferencias entre las disciplinas ya no son vistas como el resultado de la parcelación en campos separados, como si se tratara de entidades físicas con linderos precisables, sino de diferencias en las diversas maneras de aproximarse a una misma realidad. Detrás de esta orientación se encuentra la convicción de que ninguna ciencia social está en capacidad de abarcar la totalidad de un objeto de estudio. Cualquier tema puede ser estudiado desde cualquier disciplina y lo que distingue a una de otra es el enfoque, la perspectiva desde la cual se aborda. Todo el secreto está en partir de problemas y de preguntas, que reclaman por sí mismos la presencia de una u otra orientación.

El carácter sincrético

En la historia del pensamiento social encontramos por lo general la tendencia a unilateralizar y polarizar los problemas en términos de categorías opuestas y excluyentes, que tienden a conformar escuelas que convierten dichas categorías en patrimonios propios y exclusivos: la teoría de la estructura social se opone a la teoría de la acción social, el consenso al conflicto o a la dominación, la integración al cambio, la representaciones sociales a las formas materiales de relación social, la objetividad de los procesos sociales a los elementos subjetivos, los estudios micro-sociológicos a los estudios macrosociológicos, el holismo al individualismo, la reproducción de la sociedad a la producción de la sociedad¹⁴,

14. El libro de Alain Touraine *Production de la société* (1973), en contraste con la perspectiva de la reproducción social que proponían los marxistas del momento (como Althusser), lleva el problema al otro extremo: no cómo las sociedades se reproducen, sino cómo se producen a sí mismas. Se trata, en sus propias pala-

la explicación con base en la pregunta del por qué a la definición de la función con base en la pregunta del para qué, y así por el estilo. La perspectiva contemporánea, por el contrario, es eminentemente sincrética, ya que tiende a no establecer polarizaciones sino a tratar de encontrar cruces entre elementos opuestos, formas de complementariedad y distintas maneras de combinación entre lo que aparece como antagónico. Eso da como resultado el hecho de que ya no hay problemas que se puedan considerar exclusivos de una determinada tradición sociológica.

Un ejemplo por excelencia de este carácter sincrético de las ciencias sociales lo encontramos en la obra de Pierre Bourdieu, un sociólogo eminentemente contemporáneo. Buena parte de la originalidad de su trabajo consiste en la extraordinaria capacidad de combinar al mismo tiempo orientaciones diversas, hasta tal punto que no puede ser considerado ni estructuralista, ni fenomenólogo, ni marxista, ni durkheimiano, ni weberiano, ni neofuncionalista, porque elabora una combinación que incluye todas estas perspectivas al mismo tiempo y las enriquece en su contacto, en contra de los prejuicios académicos que las consideraban incompatibles¹⁵.

Bourdieu no es simplemente un estructuralista pero incluye en su trabajo una orientación estructuralista, tampoco es un fenomenólogo, aunque la dimensión subjetiva se encuentra presente en sus estudios¹⁶. De Durkheim retoma la idea de que los hechos sociales son objetivos, anteriores y exteriores a los sujetos considerados, y de que la sociología es científica. Asume todos estos aspectos pero tiene en cuenta que si se atiende solamente a ellos la perspectiva sociológica se simplifica enormemente. Las estructuras sociales existen pero deben ser definidas no solo en términos de consenso, a la manera de Durkheim, sino de conflicto, a la manera de Marx; y no se puede prescindir de los actores, de los agentes, de la subjetividad y del sentido. Y esto último lo encuentra en Max Weber, a pesar de que la tradición francesa no había sido lo suficientemente abierta a su influencia, como lo hemos observado.

Marx, a su vez, es una fuente inagotable de problemas, conceptos y categorías para Bourdieu, pero este no se limita a tomarlos tal cual, sino que los hace más complejos y los enriquece, esto lo hace con categorías tales como: el conflicto y la lucha, la dominación, las clases sociales, la noción de capital. Este último concepto no es entendido simplemente en

bras, de “una sociología cuyo objeto principal es comprender cómo los seres humanos hacen su historia, por su trabajo y sus relaciones sociales” (p. 18).

15. Al lado de los aspectos que considera cada una de estas tradiciones sociológicas, habría que tener en cuenta también los aspectos que no se consideran y se dejan de lado.
16. Dice Bourdieu: “Si tuviese que caracterizar mi trabajo en dos palabras, es decir, como se hace mucho hoy, aplicarle una etiqueta, hablaría de *constructivist structuralism* o de *structuralist constructivism*, tomando la palabra estructuralismo en un sentido muy diferente de aquel que le da la tradición saussureana o lévi-straussiana” (2000, p. 127).

sus aspectos puramente económicos, sino también en sus dimensiones sociales y culturales, con base en la introducción adicional de la existencia de un capital simbólico que da sentido a sus diferentes formas particulares. La teoría funcionalista le ofrece igualmente la noción de estatus y de prestigio, una clave fundamental para la comprensión del problema de las clases. El concepto de *habitus* le sirve de bisagra y de mediación para establecer una nueva forma de complementariedad entre la estructura y la acción, y le permite mostrar que los comportamientos sociales, que están determinados por la pertenencia a un contexto, son al mismo tiempo resultado de actores sociales que crean cosas nuevas. Y finalmente lo que resulta de todo eso es un modelo complejo que permite resolver muchos de los problemas que aparecían en las polarizaciones anteriores y lo lleva a desarrollar investigaciones empíricas de nuevo tipo, como es el caso de *La Distinción*, su obra más importante.

La combinación de perspectivas éticas y políticas

La polarización en uno de los términos opuestos de un mismo problema y la construcción de escuelas especializadas a su alrededor van de la mano con el hecho de que, en la época clásica de las ciencias sociales, las diversas perspectivas tendían a establecerse en un principio en términos de orientaciones éticas y políticas definidas y excluyentes. Los valores socialistas constituyen el telón de fondo de la elaboración del pensamiento de Marx, tal como se expresa en su énfasis por analizar las razones que harían posible una transformación radical de la sociedad con base en factores sociales y económicos. Los valores conservadores se expresan en la obra de Durkheim, orientada a indagar por las razones que hacen posible que la sociedad se mantenga unida a pesar de las divisiones, diferencias o conflictos que se dan en su seno. Socialistas y conservadores comparten una misma preocupación por los valores comunitarios, en contraste con los valores relacionados con el individuo, a los que se les otorga una menor importancia.

En contraposición, los postulados liberales se expresan en la obra de Max Weber, en particular en el acento que pone sobre los actores sociales y los entramados de sentido en que se construyen sus relaciones, como reformulación del concepto político de individuo. La sociología norteamericana, por su parte, fluctúa entre una concepción conservadora, como ocurre en la obra de Talcot Parsons, quien en su segunda gran obra, *El sistema social* (1952), privilegia el sistema sobre los actores, y una orientación liberal, que se expresa en el énfasis que se da al actor social en el interaccionismo simbólico, a partir de la obra de Georg Herbert Mead, el verdadero “padre fundador” de la sociología en esta parte del mundo. Esta última orientación también aparece en la primera gran obra del propio Parsons, *La estructura de la acción social* (1937), en la que el actor social tiene un cierto grado de autonomía pero se encuentra constreñido por unas condiciones, unos valores y unos medios para la realización de sus fines. En contraste con estas situaciones, los nuevos parámetros de

la reflexión en las ciencias sociales contemporáneas, que se caracterizan por una ruptura con las polarizaciones, van de la mano también con el encuentro entre diversas perspectivas éticas y políticas.

Un ejemplo por excelencia lo podemos encontrar en la polémica que se establece entre las teorías sociales del conflicto y las teorías sociales del consenso, tal como aparece en los manuales de sociología Martinale (1971). La oposición entre estas dos concepciones se mantiene de manera nítida hasta los años ochenta, e incluso hay muchos que siguen pensando en el carácter excluyente de estas dos versiones. En aquellos años un sociólogo tenía que escoger entre dos alternativas: o era marxista (de izquierda) y se preocupaba por el conflicto y por la transformación de la sociedad, o era parsoniano (de derecha) y su única preocupación (de tono conservador) era la contribución positiva que los diferentes elementos de una sociedad podían hacer al mantenimiento del orden¹⁷. Hoy en día, frente a las condiciones del mundo contemporáneo, estas dos problemáticas se han cruzado y no sabemos muy bien donde está la izquierda y donde está la derecha (Giddens, 1996). Ya nadie se asusta de que un autor moderno como Habermas, proveniente de la tradición marxista de la escuela de Francfort, le dedique a Parsons (el adalid del pensamiento conservador en los años cincuenta y sesenta) más de 120 páginas en su obra principal y lo considere como uno de los principales teóricos de la sociedad contemporánea (Habermas, 1999, pp. 281-425)¹⁸.

Bajo el común denominador de la afirmación de una concepción política democrática, como presupuesto de construcción de las categorías analíticas, se hace indispensable encontrar una compatibilidad entre perspectivas liberales (conservadoras) y perspectivas socialistas, es decir, entre consenso y conflicto. La absolutización de la perspectiva del

17. La imagen de la sociología norteamericana que se tenía en ese momento se puede ver manifiesta claramente en la opinión a este respecto del sociólogo Álvaro Camacho, uno de los personajes más representativos de la sociología en Colombia de la segunda mitad del Siglo xx y comienzos del XXI. Refiriéndose a una conferencia de un sociólogo norteamericano dice: “Cuando Vidich demostraba la poca originalidad del pensamiento estructural-funcionalista de Parsons, muchos de nosotros nos sentimos apoyados en nuestro intento de sacudirnos definitivamente de esa perspectiva”. La sociología de los Estados Unidos “ha terminado por convertirse en un aparato apéndice del Estado. Si algo signa su historia, es su pérdida de capacidad crítica, de planteamiento de perspectivas intelectuales orientadoras de acciones transformadoras del orden social. El proceso de captación por parte de los aparatos de la estructura de poder —universidades, Estado, organismos privados de investigación— se ha traducido en una práctica sociológica particular: la apología del modo de vida norteamericana que, como herramienta desarrollada particularmente a partir de la guerra fría, sirve a los intereses norteamericanos en el mundo” (Camacho, 1983, pp. II-III).

18. Es sorprendente observar que en una obra tan importante como esta el autor nos hable, en el capítulo VIII, de la posibilidad de ir de “Parsons a Marx a través de Weber”. Esta orientación era inconcebible en los años setenta, por lo menos en nuestro medio.

conflicto o de la perspectiva del consenso conducía, por vías diferentes, a un mismo resultado, que no era otra cosa que la negación de las diferencias y de la alteridad social. La perspectiva del consenso desconocía el conflicto y tendía a tratarlo como desvío de la norma, como marginalidad, como ruptura del vínculo social¹⁹. La teoría del conflicto, por su parte, llevada al extremo, estaba marcada por una lógica de la exclusión, consistente en la idea de que el desarrollo de las contradicciones y de las oposiciones, llevaba tarde o temprano, a que se impusiera un elemento sobre otro como factor dominante y a que se excluyera por la fuerza a sus adversarios, ya que la existencia simultánea de unos y otros era impensable.

Un postulado ético y político de otra naturaleza impone una manera diferente de pensar los problemas sociológicos. La democracia se afirma al mismo tiempo en el consenso y en el conflicto, ya que parte de reconocer que el conflicto es una realidad insuperable y constitutiva de todo vínculo social; pero, para que su desarrollo sea posible, es indispensable la existencia de consensos o de espacios comunes. Las dos preguntas fundamentales del pensamiento social contemporáneo, tal como la define un autor como Cornelius Castoriadis, se pueden formular en los siguientes términos: “En el dominio histórico social se presentan dos cuestiones fundamentales. Primero, ¿qué mantiene unida a una sociedad? [...] Segundo, ¿qué es lo que hace nacer formas de sociedad diferentes y nuevas?” (Castoriadis, 1994, p. 66). Lo fundamental es tratar de diferenciar estos dos problemas pero igualmente de cruzarlos, definir sus puntos de intersección o de complementariedad y la importancia relativa de cada interrogante.

Hoy en día, tanto la pregunta por el conflicto como la pregunta por el consenso son igualmente legítimas. Más aún, no tiene sentido plantearse ninguna de estas preguntas de manera independiente, ya que la respuesta que se dé a una de ellas pasa inevitablemente por la consideración de su opuesto. Una sociedad no se transforma necesariamente porque sus conflictos internos lleguen a un punto de exacerbación que conduzca a una ruptura, sino en el momento en que se ponen en cuestión los elementos consensuales que le sirven de fundamento. Las diferencias y el conflicto existen gracias al hecho de que las partes contendientes comparten un espacio común, consistente en un conjunto de valores, normas y reglas de juego que hacen posible que el conflicto se desarrolle. Como en cualquier contienda deportiva, el enfrentamiento solo es posible si las partes comprometidas reconocen un orden normativo que está por encima de las partes y determina sus posibilidades y limitaciones. Cuando ese orden normativo se ataca, se rompe o se anula, la contienda se hace

19. Como reacción frente a este tipo de concepción del conflicto como marginalidad, un autor importante como Coser (1961) tiende a mostrar el carácter funcional del conflicto para la integración social. Su libro, construido con base en una lectura del artículo “La Lucha” de Georg Simmel, constituye un excelente aporte en este sentido.

prácticamente imposible y nos encontramos frente a un fenómeno de otro tipo (revolución, anomia o violencia)²⁰.

La autonomía de la reflexión ética

Una de las características básicas del desarrollo de las ciencias sociales en sus inicios consiste en el abandono relativo de la reflexión ética y política que tiende a diluirse en consideraciones de carácter científico, tal como aparece en el positivismo o en el marxismo. Durkheim señala, en la obra fundadora de su propuesta sociológica, que no existe solución de continuidad entre ser y deber ser, bajo la idea de que la investigación de “cómo son las cosas” debe ser el fundamento de “cómo deben ser” (Durkheim, 1893). Este mismo planteamiento se encuentra en la obra de Marx, quien además era bastante renuente a asumir de manera autónoma una reflexión ética por considerarla propia de la “ideología burguesa” (Marx y Engels, 1987). Los nuevos derroteros de la reflexión en las ciencias sociales tienen que ver, por el contrario, con la recuperación de una reflexión ética y política autónoma en relación con la ciencia. En una perspectiva próxima a Max Weber, que consideraba que no podía ser “tarea de una ciencia empírica proporcionar normas e ideales obligatorios, de los cuales puedan derivarse preceptos para la práctica”, nos encontramos ahora ante una situación en la que es fundamental establecer claramente los linderos entre ambas orientaciones pero igualmente sus puntos de intersección²¹.

20. Esta es la perspectiva que, de acuerdo con la interpretación de Claude Lefort, ha sido desarrollada por el historiador François Furet para entender la Revolución francesa. Dice Lefort: “Las relaciones que las clases mantienen son tomadas en una relación general, una relación de la sociedad consigo misma que decide de su naturaleza. De allí proviene que no se pueda deducir de un grado de dominación de clase o de explotación, o bien de un grado de contradicción entre intereses, una revolución; para que esta ocurra, no es suficiente que la situación de tal o cual categoría social se haya agravado, es necesario que los puntos de referencia de la situación común, los puntos de referencia de la representación que anteriormente permitía aprehender esta situación como natural (por penosa y conflictiva que fuese) hayan vacilado, que se puedan al menos vislumbrar otros puntos de referencia” (1986, p. 113). El profesor Daniel Pécaut ha hecho extensiva esta idea al estudio de la Violencia en Colombia: “Afirmar que la instauración definitiva de la *Violencia* pasa a través de la representación de lo político como *Violencia* no es muy distinto de lo anterior” (2003, p. 535-536).

21. Dice Weber: “[...] jamás puede ser tarea de una ciencia empírica proporcionar normas e ideales obligatorios, de los cuales puedan derivarse preceptos para la práctica. Pero, ¿que se desprende de esa afirmación? En modo alguno que los juicios de valor hayan de estar sustraídos en general a la discusión científica por el hecho de que derivan, en última instancia de determinados ideales y, por ello, tienen origen ‘subjetivo’ [...] La crítica no se detiene ante los juicios de valor. Antes bien, la cuestión en la siguiente: ¿que significa y que se propone la crítica científica de los ideales y juicios de valor? Esto requiere una consideración más atenta” (1993, pp. 41-42).

La filosofía política moderna, que se desarrolla entre Maquiavelo y Hegel, con la construcción de conceptos como individuo, contrato, Estado, sociedad (entre muchos otros), es el espacio en el que se llevó a cabo la elaboración conceptual de nuestro universo político contemporáneo, el orden simbólico en que se ha desarrollado la historia de los últimos años, el imaginario político en que nos hemos desenvuelto. Sin embargo, a pesar de este auge inicial, la filosofía política pasa a convertirse en una preocupación filosófica de segundo orden después de la muerte de Hegel en 1831, y las ciencias sociales toman el relevo a partir de ese momento para descifrar con otros medios los mismos problemas pero, igualmente, un para dar cuenta de innumerables formas nuevas de relación social, vinculadas sobre todo con el industrialismo y la urbanización, que la filosofía política clásica no había contemplado.

Las ciencias sociales se construyen poniendo en cuestión uno tras otro los presupuestos básicos de la filosofía política clásica y, en particular, la teoría del contrato social y la noción de individuo, hasta tal punto que se podría decir que con la idea de la primacía de lo colectivo y del carácter irremediamente social del ser humano, están más cerca de Aristóteles que de Hobbes o Locke. Sin embargo, a pesar de este intento de sustitución, la filosofía política resurge como uno de los parámetros fundamentales de la reflexión contemporánea después de casi siglo y medio de opacamiento en la cultura occidental. El comienzo de esta situación coincide con la publicación en lengua inglesa del libro *Una teoría de la justicia* de John Rawls en 1971, que inaugura un nuevo renacer de la filosofía política y que justamente, al decir de algunos, la habría “salvado de una muerte definitiva”. Un movimiento similar se operaba simultáneamente en la literatura en lengua francesa, en particular con la obra de Claude Lefort, Cornelius Castoriadis y otros autores de reconocido prestigio. El primero de ellos encabeza uno de sus principales libros de ensayos con la siguiente frase: “Mi propósito es contribuir e incitar a una restauración de la filosofía política” (Lefort, 1986, p. 17).

Este renacimiento de la filosofía política no es gratuito. La democracia, como ya lo hemos observado, nos obliga a replantear el problema de lo político como espacio constitutivo y fundador de las identidades y las relaciones sociales y a regresar, por consiguiente, a sus fuentes clásicas de justificación. La restauración de la filosofía política en el debate contemporáneo trata de reestablecer la autonomía de la perspectiva ética y política con respecto a la ciencia, que se había disuelto en el cientifismo imperante durante las décadas anteriores. La filosofía política reasume con plena legitimidad, al lado de las ciencias sociales, el derecho y la posibilidad de seguir acompañando con su reflexión el desarrollo de los acontecimientos de la sociedad contemporánea y, en particular, de contribuir a la redefinición, justificación y sustentación de los valores fundamentales en que esta se inscribe.

Un ejemplo: el marxismo analítico

Un ejemplo por excelencia de restablecimiento de los derechos de la reflexión ética lo podemos encontrar en una corriente sociológica que se ha desarrollado en los Estados Unidos y que responde al nombre de marxismo analítico, en la que encontramos, además, la presencia de todas las características que aquí señalamos como propias de las ciencias sociales contemporáneas. Esta corriente hace referencia a un grupo de investigadores que se conforma, alrededor de 1978, como consecuencia de la publicación del libro *Karl Marx's Theory of the History: A defence*, de Gerald Cohen, que es considerado por muchos como la “exposición más sistemática y rigurosa de los principios centrales del materialismo histórico”. El colectivo, conocido como “grupo de septiembre” porque se reunían en septiembre en Inglaterra y Estados Unidos para discutir sus investigaciones, está conformado por autores de diferentes nacionalidades, como John Rommer, John Elster, Erik Olin Wright, Philippe van Parijs, Robert Brenner, Adam Przeworski, Allen Wood, para solo citar los más conocidos²². La revisión que ellos hacen del pensamiento de Marx resulta asombrosa para quien haya sido formado en el marxismo convencional porque se trata de una lectura absolutamente contemporánea, antidogmática y abierta a cualquier tipo de discusión.

La característica más importante de esta lectura es que la obra de Marx se piensa a la luz de las grandes transformaciones de la época actual y se pone en contraste con las modernas tendencias de las ciencias sociales. La existencia del grupo está asociada con la crisis del socialismo o, dicho más eufemísticamente y en sus propios términos, al “éxito desigual del socialismo” y al “relativo fracaso del capitalismo”. Buena parte del trabajo de este grupo está orientado a volver a pensar la relación del socialismo con la democracia y el mercado, y a considerar su factibilidad, de tal manera que no se repitan las atrocidades que conocimos. Estos autores llegaron incluso a preguntarse, antes del colapso de los socialismos, si la situación de la clase obrera no era significativamente mejor en un régimen capitalista que en un régimen socialista. De todas maneras, la idea de John Roemer es que el hecho de que el modelo de la sociedad soviética haya muerto no significa que no se puedan ensayar otras formas de socialismo (Roemer, 1995, p. 9).

La idea que recorre el trabajo de este grupo es que el marxismo ha sido rebasado por una serie de circunstancias nuevas que no estaban en sus presupuestos iniciales y frente a esta situación las alternativas podrían ser las siguientes: 1) negar los hechos y obstinarse en seguir considerando

22. Este grupo ha recibido muchos nombres: marxismo de la elección racional, marxismo neoclásico, marxismo académico, marxismo de la teoría de juegos, marxismo anglosajón. También han sido llamados el “non bullshit marxism”, pero esta expresión no es fácil de traducir. La denominación de marxismo académico sugiere que se trata de una versión desconectada de la realidad. En español disponemos del libro de Roemer (1989). De este libro provienen las observaciones que se hacen en estos párrafos. También se podían consultar Elster (1991).

la vigencia del marxismo como si nada hubiera ocurrido, 2) rechazar el marxismo como una teoría obsoleta, 3) reconocer que el señor Marx es un pensador que vivió hace muchos años y su teoría debe pasar por un reconocimiento de sus limitaciones y por una apertura hacia nuevas perspectivas intelectuales. Al escoger la tercera opción, la actividad intelectual del grupo está atravesada por la polémica y el desacuerdo frente a temas fundamentales. Mientras algunos reconocen la importancia de la teoría de las clases sociales (Wright, 1989, pp. 133- 164), otros niegan que estas sigan teniendo sentido como referencia fundamental de las identidades modernas y, por consiguiente, sería necesario orientar la investigación hacia otros aspectos, como la nacionalidad, la religión o el género, que no están directamente determinados por la pertenencia a una clase (Elster, 1989, pp. 165- 187). La teoría del valor de Marx es seriamente puesta en cuestión por algunos, pero otros consideran que la noción de explotación sigue siendo una de las realidades más importantes de las formas de organización contemporáneas (Roemer, 1995, p. 9). Algunos defienden el determinismo tecnológico como característica básica de la concepción de la historia de Marx y otros lo atacan (Cohen, 1989, pp. 19-32).

El presupuesto básico es que una teoría tiene sentido si puede llevar a cabo un intercambio de puntos de vista con otras teorías. De esta manera, el marxismo entra a dialogar con una serie de perspectivas contemporáneas muy diversas, que para un marxista convencional pueden llegar a representar un verdadero escándalo: John Elster considera que el individualismo metodológico, la teoría de juegos y la teoría de la elección racional (lo más alejado a una concepción estructuralista tradicional del marxismo) permiten fundar de una nueva manera las proposiciones del marxismo (Elster, 1989, pp. 231 -251). Cohen muestra cómo en Marx está presente la explicación funcional o funcionalista (Cohen, 1989, pp. 252-266). El nombre mismo de esta corriente, marxismo analítico, proviene de la filosofía analítica inglesa, versión moderna del positivismo que considera la metafísica como un resultado de los malos usos del lenguaje. Algunos de ellos, en lugar de utilizar la “jerga hegeliana”, utilizan el lenguaje de esta corriente filosófica para describir a Marx. Estos filósofos están además muy influenciados por una serie de teóricos no marxistas e incluso antimarxistas, como es el caso de Karl Popper o Friedrich von Hayek.

En esta corriente existe igualmente una inmensa preocupación por elaborar los principios éticos implícitos en el marxismo, para ponerlo a discutir con la filosofía política contemporánea a su mismo nivel y en sus mismos términos, y sin caer en el cientifismo positivista. Convertir a Marx en un filósofo de la justicia, a la manera de John Rawls, constituye una perspectiva heterodoxa con respecto a la obra del propio Marx. Erik Olin Wright, por ejemplo, antes de entrar en la construcción conceptual propiamente dicha de la teoría de las clases sociales, nos muestra como preámbulo que esta teoría se encuentra relacionada con tres planteamientos éticos fundamentales: un igualitarismo radical, la idea de que en las condiciones de la economía altamente productiva es posible organizar

una sociedad igualitaria y la consideración de que el capitalismo es un bloqueo de las posibilidades de llevar a cabo una distribución igualitaria radical de las condiciones materiales de vida (Wright, 2005, pp. 6-10). Los lectores de autores marxistas no estábamos acostumbrados a un preámbulo ético de estas características. La lectura de Marx se pone así a la altura de las exigencias contemporáneas de las ciencias sociales: transnacionalidad, interdisciplinariedad, ruptura con las polarizaciones, combinación de perspectivas diversas y, sobre todo, autonomía de la reflexión ética con respecto a las consideraciones propiamente científicas.

Bibliografía

- Aron, R. (1981). *La sociologie allemande contemporaine*. Paris: PUF.
- Bertholet, D. (2005). Un parisino en Nueva York (1941-1947). En D. Bertholet, *Claude Lévi-Strauss* (pp. 135-183). Valencia, Granada: Universitat del València, Universidad de Granada.
- Bourdieu, P. (2000). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Burke, P. (1993). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.
- Camacho, A. (1983). *Perspectivas sociológicas internacionales*. Santiago de Cali: Universidad del Valle.
- Castoriadis, C. (1994). *Los dominios del hombre: las encrucijadas de laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- Cohen, G. (1986). *La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa*. Madrid: Siglo XXI.
- Cohen, G. (1989). Fuerzas y relaciones de producción. En J. Roemer (comp.), *El marxismo: una perspectiva analítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Craig, J. E. (1979). Maurice Halbwachs à Strasbourg. *Revue française de sociologie*, XX (1), 273-292.
- Durkheim, E. (1893). *De la division du travail social*. Paris: PUF.
- Elster, J. (1989). Réplica al marxismo, funcionalismo y teoría del juego. En J. Roemer, (comp.), *El marxismo: una perspectiva analítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Elster, J. (1989). Tres desafíos al concepto de clase social. En J. Roemer, (comp.), *El marxismo: una perspectiva analítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Elster, J. (1991). *Una introducción a Carlos Marx*. Madrid: Siglo XXI.
- Eribon, D. (1989). *Michel Foucault (1926-1984)*. Paris: Éditions Flammarion.
- Ferry, L. y Renaut, A. (1985). *La pensée 68: essai sur l'anti-humanisme contemporain*. Paris: Gallimard.
- Frazer, J. G. (1993). *La rama dorada. Magia y religión*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1970). *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Madrid: Alianza
- Freud, S. (2000). *La interpretación de los sueños*. Madrid: Edición Centenario.
- Giddens, A. (1996). *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Madrid: Ediciones Cátedra.

- Habermas, J. (1999). *La teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Hirschhorn, M. (1988). *Max Weber et la sociologie française*. Paris: Éditions L'Harmattan.
- Jay, M. (1989). *La imaginación dialéctica*. España: Taurus.
- König, R. (1973). *Tratado de sociología empírica*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Lefort, C. (1986). *Essais sur le politique XIX-XX siècles*. Paris: Éditions du Seuil.
- Lepenes, W. (1994). *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss, C. (1955). *Tristes tropiques*. Paris: Librairie Plon.
- Lévi-Strauss, C. (1974). *L'analyse structurale en linguistique et en anthropologie*. En, C. Lévi-Strauss, *Antropologie structurale* (pp. 37-62). Paris: Plon.
- Lewis, C. (1961). *Las funciones del conflicto social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Martinalé, D. (1971). *La teoría sociológica*. Madrid: Aguilar.
- Marx, K. y Engels, F. (1987). Sobre la cuestión judía. En, *Obras fundamentales Marx. Escritos de juventud*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mauss, M. (1983). Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques. En M. Mauss, *Sociologie et anthropologie*. Paris: PUF.
- Morin, E. (1970). *Journal de Californie*. Paris: Éditions du Seuil.
- Parsons, T. (1937). *La estructura de la acción social*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Parsons, T. (1952). *The Social System*. Glencoe, Illinois: Free Press.
- Parsons, T. (1988). *El sistema social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pécaut, D. (2003). *Orden y violencia: 1930-1953*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
- Roemer, J. E. (comp.) (1989). *El marxismo: una perspectiva analítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roemer, J. E. (1995). *Un futuro para el socialismo*. Barcelona: Crítica.
- Touraine, A. (1973). *Production de la société*. Paris: Éditions de Seuil.
- Touraine, A. (1977). *Un désir d'histoire*. Paris: Éditions Stock.
- Weber, M. (1993). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Wright, E.O. (1989). Qué hay de medio en la clase media. En J. Roemer (comp.), *El marxismo: una perspectiva analítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wright, E. O. (2005). Foundation of a Neo-Marxist Class Analysis. En E. O. Wright, *Approaches to Class Analysis* (pp. 6-10). Cambridge: Cambridge University Press.